

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

De Lenin a Sholem Aleijem. Dos momentos en la cultura judía comunista, 1920 y 1940.

Svarch, Ariel (Universidad Di Tella).

Cita:

Svarch, Ariel (Universidad Di Tella). (2007). *De Lenin a Sholem Aleijem. Dos momentos en la cultura judía comunista, 1920 y 1940. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/19>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eU8X/WRN>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007

Título: De Lenin a Sholem Aleijem. Dos momentos en la cultura judía comunista, 1920 y 1940.

Mesa Temática Abierta: Diásporas, política y etnicidad en la Argentina (1900-2000)

Universidad, Facultad y Dependencia: Universidad Di-Tella

Autor: Ariel Svarch

Email: asvarch@yahoo.com.ar

Introducción

Esta ponencia hace foco en los judíos comunistas. Por tales deben entenderse a los miembros, militantes o simpatizantes del Partido Comunista argentino que activaban hacia dentro de la colectividad judía y tenían a judíos (o, al menos, a idisheparlantes) como objetivos de su prédica. Se excluye, entonces, a quienes militaban de forma exclusiva en la “corriente general” del PC, por más que fueran de ascendencia judía.

La identidad de estos “judíos comunistas” no fue ahistórica. De hecho, es el propósito de este trabajo establecer dos de las formas que esa identidad asumió con el paso de los años. Con este fin, se analizará un número de variables en dos épocas con características radicalmente disímiles: la década de 1920 y la de 1940. En ambas se comparará: la concepción del ser judío y del ser argentino; el valor dado al idish y a la cultura judía; el panteón de próceres y símbolos; la relación con el resto de la colectividad y con la URSS; la postura sobre el estado de Israel; el tejido de alianzas dentro de la colectividad y con la sociedad general.

1920: La sección idiomática judía

Los judíos comunistas surgen en la realidad argentina al mismo tiempo que el PC. En 1918, el Partido Socialista Internacional (que apoyaba la revolución soviética) se escindió del Partido Socialista argentino. Algo similar sucedió en las corrientes de izquierda judías: tanto el Bund (socialismo territorialista) como Poalei Tzion

(sionismo-socialismo) sufrieron fracturas pro-soviéticas que se llevaron buena parte de la estructura partidaria e incluso retuvieron el control de varias instituciones, como bibliotecas populares y sindicatos¹. En 1920, año en que el PSI pasó a formar parte de la Tercera Internacional y se renombró como Partido Comunista, los escindidos se unieron como la Sección Idiomatica Idish –o idiomática judía- del PC; levseksie, según su acrónimo en idish. Algo similar hicieron las demás colectividades inmigrantes que no hablaban español: hubo secciones idiomáticas italiana, rumana y polaca, por dar algunos ejemplos². Todas intentaron, con diversos grados de éxito, imprimir su diario, establecer sus instituciones, e incluso construir su red de escuelas complementarias. El objetivo era el mismo para todas: cooptar a los trabajadores que hablaran su idioma para sumarlos a las filas comunistas, en espera de la revolución mundial, que, como parecía obvio, era inminente.

Si bien no era la más numerosa (en 1927 tenía 120 afiliados y un número no determinado de simpatizantes), la levseksie sobresalió de entre todas las secciones idiomáticas. Los sindicatos que controlaban (talleristas sastres, ebanistas, panaderos judíos, sobre todo) llamaban la atención en las manifestaciones debido a sus pancartas en idish, un idioma propio escrito con el alfabeto hebreo. Su periódico, “Roite Shtern” (Estrella Roja), tenían una tirada mayor al “Ordine Nuovo”, a pesar de que la italiana era la sección más numerosa. En 1927 la levseksie imprimía 3.500 ejemplares, más de la mitad que el órgano oficial del Partido Comunista, “La Internacional”³. Era tal el afán lector de los militantes judíos que la revista infantil del Partido Comunista, “Compañerito, el periódico de los niños explotados”, llevaba la contratapa en idish.

Sobre todo, la levseksie fue la única sección que logró crear una red de escuelas obreras exitosa, nucleada en la Arbeter Shul Organizatzie (Organización de Escuelas Obreras), o Arbshulorg. Tuvo un comienzo precario en 1922, con una escuela improvisada y un solo maestro para niños de varias edades. Hacia 1928,

¹ Edgardo Bilsky, “Etnicidad y clase obrera: la presencia judía en el movimiento obrero argentino”, en Estudios Migratorios Latinoamericanos, IV, N°11, abril 1979.

² Hernán Camarero, *A la conquista del proletariado, la experiencia comunista en el mundo de los trabajadores de Buenos Aires, 1925-1935*, tesis de maestría, 2003

³ Camarero, *A la conquista...*

sin embargo, contaba ya con 6 centros educativos en Capital Federal, el principal de los cuales ostentaba 5 clases, 4 maestros y más de 150 alumnos⁴. No todos los maestros tenían entrenamiento pedagógico pero, como se verá más tarde, no era lo que más les importaba: el objetivo de las clases era educar a “los luchadores y futuros educadores de la Argentina soviética”⁵. No era la única red de escuelas judías obreras: los sionistas-socialistas de Poalei Tzion crearon las Ber Borojov Shuln, y ambas competían –de forma feroz, vale añadir- por un público similar.

Más allá de sus roces con Poalei Tzion, la levseksie casi no entraba en conflicto con el resto de la colectividad judía. No por afinidad, por supuesto, sino por desinterés: no les interesaban los judíos que no fueran obreros. Hay, quizás, una sola excepción a esta regla: el PROCOR. Esta institución, que existía también en otros países, nació como la alternativa de Moscú al proyecto sionista de un Estado propio: la solución comunista, como no podía ser de otra manera, estaba en la URSS. El proyecto consistía en la colonización agrícola de territorios vacíos de Rusia o sus satélites, como la solución para el problema de las “masas judías desclasadas”⁶, en un intento por volverlas productivas e integrarlas al cuerpo de los trabajadores y campesinos, salvándolas así de su destino pequeñoburgués⁷. Funcionaba, entonces, como una versión soviética del “Kerem Kayemet Leisrael”, el fondo agrícola sionista que recaudaba fondos para comprar tierras y establecer colonias en Palestina. PROCOR, de hecho, pedía como donación parte de la cosecha a los judíos de las colonias argentinas, al igual que el KKL. También tenía sus socios que contribuían mensualmente, y celebraba eventos y cenas para recaudar fondos.

La levseksie creó bibliotecas y clubs obreros, sociales y deportivos. Sus instituciones se mantenían en su mayor parte gracias a la colaboración de sus socios y a una aceitada red de cobradores casa por casa, que recibían a cambio

⁴ “Circular N°1 de Arbeter Shul Organizatzie in Argentine, Comité Central”, Buenos Aires, 1928.

⁵ Impreso en Undser Shul N°2, julio de 1932, p. 5; compilado en: *Matías Sánchez Sorondo, Represión del comunismo. Proyecto de ley, informe y antecedentes. Tomo II: antecedentes, Buenos Aires, Honorable Consejo de La Nación, 1940, p. 317.*

⁶ Robert Weinberg, “Jews into Peasants? Solving the Jewish Question in Birobidzhan”, en Yaacov Ro'i (ed), *Jews and jewish life in Russia and the Soviet Union*, Tel Aviv, pp87-102

⁷ Ariel Svarch, *El violinista sobre el tejado. Historia de la militancia comunista en la calle judía (190-1950)*.

de sus servicios una parte de lo que recaudaban. Según un informe de 1927, la Arbshulorg contaba con 2000 socios que contribuían todos los meses, y el PROCOR 2.500, la mitad de los cuales eran colonos.

En 1930, el gobierno de facto de José Félix Uriburu ilegalizó al PC, que deshizo a sus secciones idiomáticas y se limitó a operar a través de instituciones sociales, como Socorro Rojo Internacional y la OPCEA, Organización Popular Contra El Antisemitismo. PROCOR siguió operando, a pesar de los inconvenientes, y las escuelas del Arbshulorg pasaron a la clandestinidad, dando clases en locales con persianas bajas y casas particulares hasta que, en 1932, fueron clausurados por la Sección Especial para la Represión del Comunismo de la Policía Federal.

La Identidad para la levseksie

Los miembros de la sección idiomática judía del PC se consideraban a sí mismos lisa y llanamente comunistas y, como tales, proletarios. No se identificaban como judíos, ni religiosa ni nacionalmente: su identidad era de clase. En esto, de forma análoga al PC general, no había lugar para matices. Para ellos, todos los obreros, en tanto tales, eran hermanos. Las distinciones nacionales eran un invento burgués. El ser argentino era reaccionario, así como el ser judío. De hecho, la levseksie era una sección *idiomática*: su uso del idish era sólo utilitario, una herramienta para que el discurso comunista llegara a los trabajadores que no manejaban el español. Cuando lo aprendieran, las secciones perderían sentido; también lo haría el idish.

Dichas características pueden identificarse gracias al material escolar secuestrado de las escuelas obreras por la Sección Especial para la Represión de Comunismo de la Policía Federal. Buena parte de la información fue luego compilada en el Proyecto de Ley de Represión del Comunismo, del conservador Matías Sánchez Sorondo⁸.

Los tópicos de clase de las escuelas de la Arbshulorg corroboran lo antedicho. El objetivo era dar formación política y contrarrestar la educación burguesa de la obligatoria escuela nacional: “la Organización de Escuelas Obreras es la

⁸ Matías Sánchez Sorondo...

institución educativa del proletariado revolucionario”⁹. A través de los cuadernos secuestrados puede verse el carácter internacionalista, clasista y anti-nacional que tenían las lecciones. El panteón simbólico del que se alimentan es el revolucionario: los alumnos hacían elogiosas composiciones sobre la comuna de París, biografías de Vladimir Illich Lenin, leían poemas sobre Sacco y Vanzetti y cantaban piezas con títulos como “El Ejército Rojo” y “En el camino de Lenin”.

La alumna Esther Slevinsky, de 3º grado, escribió sobre el 25 de mayo:

“El 25 de Mayo de 1932 se cumplen 122 años de la separación de la Argentina de España. Cuando la Argentina luchó por su independencia prometió: tierra a todos los campesinos, justicia y libertad.

”Esta promesa quedó sólo sobre el papel, los feudales argentinos se apoderaron de toda la tierra. Los campesinos argentinos siguieron viviendo en sus pequeñas chozas sin tener que comer como antes. Después vinieron los comerciantes ingleses y se apoderaron de todo el comercio argentino, y hasta hoy tienen los ingleses los más grandes negocios [...].

”En la Argentina se hace el cuento a la población que los culpables de la miseria son los extranjeros y los comunistas. [...] Ahora la situación del país es muy mala y hay mucha desocupación [...], buscan los ricos argentinos de culpar de ello a los obreros y a los extranjeros.”¹⁰

En un ensayo sobre la diferencia entre la escuela obrera y la estatal, un alumno escribía que en esta última “envenenan nuestros cerebros siempre con la palabra <<Patria>>, en vez de enseñarnos como lo hacen en las escuelas judías [...donde] nos enseñan hasta los cantos de los trabajadores para la lucha en masas”¹¹.

La misma alumna Slevinsky, sobre el 1º de mayo, escribió:

“El 1º de Mayo es el primer feriado de lucha, de todos los oprimidos y sufridos de todo el mundo, en todas partes donde viven los obreros queda

⁹ Impreso en Undser Shul N°2, julio de 1932, p. 5; compilado en: Matías Sánchez Sorondo, *Represión del comunismo. Proyecto de ley, informe y antecedentes. Tomo II: antecedentes*, Buenos Aires, Honorable Consejo de La Nación, 1940, p. 317.

¹⁰ En Matías Sánchez Sorondo, *Represión del comunismo*, p. 335.

¹¹ Citado en Sánchez Sorondo, *Represión del Comunismo*, p. 339.

convertido ese día en un día de lucha. Ese día cuando la clase obrera hace una demostración de su voluntad de luchar por un mejor mañana y para un bienestar futuro. Por un futuro donde no habrá opresores ni oprimidos, por el Socialismo”¹².

La cultura judía como tal –aun la cultura judía laica- formaba parte del pasado. Los revolucionarios del mañana debían ser educados en la cultura obrera y revolucionaria; nada más. En ninguna parte del material secuestrado hay mención a literatura o música judía que no sean cuentos o cantos comunistas en idish.

Siguiendo la estrategia de “clase contra clase” de la III Internacional, que exigía especial hostilidad a la izquierda no comunista, la levseksie calificaba a la colectividad tradicional de “judíos fascistas”, y a la izquierda judía no comunista como “socialfascista”. Las escuelas obreras Borojov, de los sionistas-socialistas de Poalei Tzion, son condenadas por su postura pro-sionista, acusada de hacer el juego a los intereses ingleses en Palestina, y ser “una versión izquierdista del sionismo fascista, que preparaba a los niños para incorporarse al imperialismo inglés, como servidores de la utopía reaccionaria en Palestina”¹³. Dada su lectura clasista, está claro que la solución al problema judío no puede estar separada de la solución para el problema universal: la liberación de los obreros judíos es inseparable de la lucha por el socialismo y una nueva sociedad. De todos modos, como alternativa inmediata para los judíos, sin necesidad de salir del dogma soviético, estaba la URSS: en 1933, Stalin desingó a Birobidján como territorio autónomo judío, y el PROCOR pasó a llamarse *Sociedad Pro-Colonización Israelita en Birobidzhan*)¹⁴. Al final, 163 judíos argentinos viajaron hacia allá, para encontrar una zona desolada y fría. Los que pudieron, regresaron al país.

Cambios nacionales, internacionales y en el PC entre 1920 y 1940

¹² En Matías Sánchez Sorondo, *Represión del comunismo*, p. 342.

¹³ Autores varios, *Unzer Shul – Joidesh Organ Fun Der Tzentraller Farvaltung*, Buenos Aires, junio 1932, citado en Efraim Zadoff, *Historia de la educación...*, p. 275.

¹⁴ Robert Weinberg, “Jews into Peasants?...”.

Entre 1932, cuando la policía cerró las escuelas clandestinas del Arbschulorg, y la década del '40, el mundo y la Argentina atravesaron cambios de distinto tipo, que afectaron a los miembros del colectivo judío comunista así como al sustrato de su identidad.

En primer lugar, la III Internacional dio un golpe de timón en 1935. Luego de 10 años de bregar por la lucha de clases sin cuartel ni alianzas, el ascenso del fascismo en Italia y Alemania determinaron la adopción de una nueva estrategia: la del Frente Popular. Moscú recomendaba a los partidos comunistas del mundo que se aliaran con todo el arco democrático liberal, desde socialdemócratas hasta conservadores, para hacer causa común contra el enemigo mutuo fascista. En consecuencia, desde mediados de la década del '30 las organizaciones de los judíos comunistas (la OPCEA y Socorro Rojo) buscaron acercarse a instituciones afines bajo control sionista socialista e incluso del judaísmo tradicional (como la futura DAIA), tanto en el boicot a los productos alemanes como en la recolección de ayuda para las brigadas internacionales que combatían en España.

Por otro lado, los judíos de todo signo político experimentaron en Argentina un notable ascenso social. Muchos obreros textiles, por ejemplo, lograban comprar sus máquinas y poner un taller, que luego terminaba en fábrica. Sus hijos entraban a la universidad para volverse profesionales, o asumían como administradores en el negocio familiar. Los judíos comunistas no solían abandonar su ideología, a pesar de obtener un mayor poder adquisitivo, pero lo cierto es que dejaron de pertenecer a la clase obrera. Por la misma época, el Partido Comunista perdió su propia base proletaria: los nuevos sindicatos creados por Juan Domingo Perón desde 1943, que garantizaron abundantes conquistas sociales y económicas a los obreros, y la constante represión que sufría el unionismo comunista, se volvieron una fuerza incontestable. Así, aunque por razones particulares, los judíos comunistas acompañaron el tránsito del PC de partido de masas asalariadas a partido de intelectuales de clase media.

Desde 1930 que el clima social en Argentina era adverso al comunismo. El partido estaba ilegalizado y sus sindicatos y órganos políticos funcionaban en la clandestinidad. Pero a medida que avanzaba la década, y sobre todo a partir de

1942, el clima de época pasó a ser hostil hacia los judíos en general. El ascendente del integrismo católico, que veía al judaísmo como un agente extraño en el cuerpo social, no hizo más que oficializarse tras el golpe de estado del GOU. La clara inclinación de los militares golpistas hacia las fuerzas del Eje, y las trabas oficiales a la inmigración judía incentivaron la sensación de persecución de la colectividad. Cercada por fuera, se volvió hacia dentro.

La situación era aun peor en Europa. La grave situación que sufrían los judíos alemanes se expandió al resto del continente europeo con la Segunda Guerra Mundial. El exterminio sistemático de toda la población judía de Europa Oriental – es decir, idisheparlante-, repercutió con fuerza en quienes vivían en Argentina. De pronto, eran el único reservorio del idish, su cultura, música y literatura. Cada facción de la colectividad –comunistas incluidos- se tomaría esto muy a pecho, y cada una tomaría los referentes culturales con los que se sentía más identificada. Cuando, en la década de 1940, los comunistas decidieron participar en las instituciones centrales y competir por su control, la dimensión cultural no estaría exenta de la lucha interna. Cada bando ostentaría su propia definición de lo judío, que incluía panteones, himnos, fechas conmemorativas y hasta distintos idiomas.

1940: El ICUF

Dos décadas más tarde, la forma institucional que asumió el comunismo judío fue también decidida en un contexto internacional. Esta ocasión no se trató del Politburó de Moscú, sino de un congreso de cultura judía laica en París, en 1937. En representación de todas las entidades argentinas asistió Pinie Katz, escritor, traductor y periodista del diario de izquierda “Di Presse”. Se acordó crear federaciones que incluyeran a las diversas instituciones de cultura laica, dentro de un espectro ideológico lo más amplio posible.

Hubo varios intentos de hacer coincidir a los tres principales grupos que actuaban en Argentina: los comunistas (que en esta época se refieren a sí mismos como progresistas), el Bund y los sionistas-socialistas de Poalei Tzion. Al final, cada uno actuó por su lado, aunque coordinarían eventos en el futuro y en ocasiones tomarían una posición común ante la AMIA.

En 1941, los progresistas crearon el ICUF (Idisher Cultur Farband, Federación Cultural Judía-Idishista) nacional. Esta organización tenía un carácter muy distinto a la levseksie. Para empezar, la relación con el PC no era obvia ni explícita. En teoría, el ICUF no era más que una red de instituciones judías laicas. No obstante, las decisiones centrales todavía las dictaba el partido, a través de “La Sección”¹⁵, tal el nombre informal de un triunvirato de activistas de confianza que decidía, de forma centralizada, qué estrategias tomaría el ICUF y a qué institución iría cada militante. Las directivas principales venían del mismo PC¹⁶.

Por otro lado, el ICUF no tuvo rama sindical, lo que en parte se explica porque los sindicatos mayoritariamente judíos eran, en la década del '40, casi inexistentes. Los progresistas, en consecuencia, no apostaron a conquistar a la “clase obrera” judía, sino que se lanzaron a competir por ganar adeptos en la colectividad en general y obtener el control de las instituciones centrales. El acercamiento sería mutuo, ya que la misma AMIA facilitaría el ingreso del ICUF mediante una modificación estatutaria.

El ICUF agrupó instituciones preexistentes como al IFT (Idisher Folks Teater, Teatro Popular Judío), varias organizaciones de residentes (oriundos de Varsovia y Lodz, por ejemplo), al menos un hogar de ancianos (Méndele), el club social y deportivo Sholem Aleijem, y creó su propia red de escuelas. Las primeras dos, que serían las más grandes y exitosas, fueron creadas en 1940. Una es la I. L. Peretz, en el polo industrial textil de Villa Lynch, que luego se llamaría a sí misma Hogar Cultural I. L. Peretz. La otra es la Zhitlovsky, en el barrio de Paternal. Luego se crearían nuevos colegios, como David Mendelson, Ringemblum, Janus Korchak y Domingo Faustino Sarmiento. Esto sólo en Buenos Aires. De forma adicional, se creó la FIJIA, que nucleó a los grupos juveniles de las instituciones progresistas. El ICUF publicó la revista cultural de nombre homónimo hasta la década del '50. Además, contaba con el diario “Folks Shtime” (la voz del pueblo) que, si bien no era propiedad del ICUF, tenía un perfil abiertamente afín. Varias instituciones

¹⁵ Entrevista a David Bitman, archivo de historia oral del Centro Mark Turkow, AMIA.

¹⁶ Entrevista a Moishe Mileikovsky.

icufistas, por otro lado, tenían su propia revista, como *Nai Teater* (nuevo teatro), del IFT, o “*Undzer Lodz*” (nuestra Lodz), de la asociación de residentes de Lodz. Las instituciones se mantenían gracias a la contribución de los socios y a donaciones especiales de los contribuyentes más ricos (sobre todo en Villa Lynch), aunque estas eran más la excepción que la regla. Era común la organización de eventos, fiestas, bailes o banquetes para reunir fondos extra. Las escuelas necesitaban todavía más capital, sobre todo desde que la Comisión Nacional de Educación (CNE) pasó a exigir nuevos estándares sanitarios y de reforma edilicia¹⁷.

Estas necesidades, sumadas a la creciente hostilidad social en Argentina y a la Shoá en Europa, facilitaron el ingreso del ICUF a la AMIA. La mutual también hizo su parte: en 1941 cambió el estatuto del Vaad Hajinuj (consejo educativo), que pasó de de “[...] difundir y mejorar la educación *nacional* y *tradicional* en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores [...]” (según el estatuto de 1939) para “[...] difundir y mejorar *la educación judía* en la ciudad de Buenos Aires [...]”¹⁸. En 1944, la escuela Zhitlovsky ingresó al Vaad Hajinuj, y el ICUF comenzó a participar en las elecciones en la AMIA. Un año más tarde, a la Zhitlovsky le seguiría la I. L. Peretz.

Las escuelas del ICUF también tuvieron que ceder. A cambio de recibir los subsidios del Vaad Hajinuj, debieron adaptar su currícula y dejar de dar clases los sábados y los feriados religiosos (y explicar la importancia de esas fechas). Aparte, debieron modificar el idish que se enseñaba (enteramente fonético) para pasara a enseñar el tradicional, que contiene hebraísmos. Se comprometieron también a enseñar hebreo en años avanzados. Pero, al parecer, cumplieron a medias con estos requisitos, como se verá más adelante.

Entre los aportes de los simpatizantes y el subsidio del Vaad Hajinuj, las escuelas icufistas atravesaron un fuerte crecimiento. La escuela I. L. Peretz estrenó su propio edificio en 1949, y para 1952 contaba ya con 400 alumnos, una pileta olímpica de natación —en la que entrenaba el cuerpo de guardavidas de la

¹⁷ Efraim Zadoff, *Historia de la educación judía en Buenos Aires (1935-1957)*, Buenos Aires, Milá, 1994.

¹⁸ Efraim Zadoff, *Historia de la educación...*, pp. 241 y 245.

provincia de Buenos Aires-, *Zumerland*, una colonia de vacaciones (que funcionaba para todo el ICUF), y un *Mitlshul*, escuela complementaria secundaria. El shule Zhitlovsky, a fines de la década del 40, tenía -contando jardín de infantes- alrededor de 500 alumnos¹⁹.

Se puede inducir que su éxito fue superlativo a partir de la opinión de sus oponentes. Una nota de 1946 del periódico “Di Idishe Velt”, de la Federación Sionista, mostraba su preocupación ante el avance de las *escuelas laicas*, que con sus “bellos y amplios edificios [...] atraían a los alumnos de las escuelas nacionales y tradicionalistas, que estaban en retroceso”²⁰.

A pesar de lo antedicho, ni el ICUF ni el resto de la izquierda, que en numerosas ocasiones compartían la misma postura, aumentaron su poder en el Vaad Hajinuj. La representación era por escuelas y no por cantidad de alumnos. Así, un pequeño *talmud torá* (escuela religiosa) con 40 alumnos tenía tanto peso como el Zhitlovsky.

En AMIA, sin embargo, la situación fue más favorable. Dada su gran capacidad de movilización, fruto de una creciente militancia, una estricta disciplina partidaria y una eficiente organización verticalista, lograron puestos importantes. En 1946, los progresistas colocaron dos activistas en la comisión directiva de la mutual. Seis años más tarde, lograron hacerse con dos tercios del voto, a pesar de la creación del Estado de Israel, que significó un fuerte impulso para el sector sionista.

Identidad progresista: judíos argentinos

La forma que asumió la identidad comunista judía en esta época estaba en las antípodas del que la *levseksie* ostentaba en 1920. Eso, por supuesto, no significó una ruptura con la URSS ni con el PC. Al contrario: el partido viró hacia un moderado reconocimiento de lo nacional, por lo que no hubo lugar para el conflicto.

¹⁹ Esta cifra es un valor aproximado en base a entrevistas a Sara Schwarz, ex directora de la escuela, Reisl Starker, docente, y a cifras en los anuarios y en Efraim Zadoff, *Historia de la educación...*

²⁰ En Efraim Zadoff, *Historia de la Educación...*, p. 302. Las cursivas son mías.

Los valores que asumieron como propios los progresistas eran universales: democracia, libertad, solidaridad, perdiendo la especificidad comunista y la judía. Adoptaron un discurso donde lo “obrero” fue reemplazado por lo “popular”, el internacionalismo por una reivindicación selectiva del ser nacional, y la concepción utilitaria del idish por una defensa a ultranza del “idioma de las masas judías” y su cultura. A través de una lectura teleológica de la historia judía y la nacional, construyeron un nuevo panteón de próceres con extractos de ambas corrientes. Del lado judío, en el boletín anual por el décimo aniversario de la escuela Peretz de Villa Lynch, su directivo y principal contribuyente, Wolf Raizman, rescata

“el sentido heroico de nuestra historia, el contenido de sublime sacrificio del heroísmo judío. Desenvolvemos ante nuestros niños el hilo histórico que va de los Macabeos y los Bar Kochbas (sic), de los Hirsh Leckert y los Botvins, a los levantamientos en los ghettos, sin precedentes en la historia, en lucha contra el peor enemigo de nuestro pueblo. Y de las sublevaciones en los ghettos a las Hana Shenesh y a la lucha heroica de las masas judías en Israel por la liberación nacional y el establecimiento del Estado judío”²¹.

Bar Kojba fue el líder de la rebelión macabea contra la dominación romana, antes de la expulsión de los judíos de Israel. Hirsh Leckert se convirtió en héroe en el levantamiento del gueto de Vilna, y Naftalí Botwin fue el nombre de la compañía judía de las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil Española, en honor de un comunista judío condenado a muerte por asesinar a un delator en Polonia. El tema de Israel será retomado más adelante.

Del lado argentino, los progresistas reivindicaban a San Martín, por ser el libertador, a Sarmiento (exclusivamente por su papel de “padre del aula”), y a Moreno, por sus inclinaciones socialistas o, al menos, jacobinas. En otro boletín anual se lee:

“Con esto [la educación judía] no le quitaremos [al niño judío argentino] nada de su calidad de argentinos; todo lo contrario, pensamos que

²¹ Wolf Raizman, “Diez años de vida del Hogar Cultural “I.L. Peretz””, en *Boletín X Aniversario de la Escuela y Hogar Cultural “I.L. Peretz”*, Villa Lynch, 1950, p. 4.

conociendo la historia y la cultura judía servirá mejor a la patria que forjaron *San Martín, Moreno, Sarmiento* y otros grandes”²².

En cuanto a las fechas patrias, la postura de las escuelas progresistas del ICUF es antagónica a la tomada por las escuelas obreras del Arbshulorg:

“Julio es el mes de la Independencia Argentina. Julio a igual que Mayo se cubre en el calendario de nuestro país con los colores de [la] Patria. Con más luminosidad este año, porque es el año del centenario de la muerte del prócer que más ha hecho para cristalizar en realidades las aspiraciones de libertad e independencia del pueblo argentino: el general San Martín. [...] En este mes de la Independencia, la colectividad judía afirma su argentinidad, su íntima e indivisible vinculación con el país donde vive, crea y se perpetúa, y afirma su identificación con los ideales de libertad y democracia que conforman la tradición de la Patria y la tradición milenaria del pueblo judío”²³.

Los progresistas construyeron así una fusión identitaria novedosa, aunque con similitudes con la postura de los integracionistas nucleados alrededor de hebraica. Con dos grandes diferencias: primero, la concepción de “lo judío” está privada en su totalidad de dimensión religiosa. Los integracionistas se consideraban a sí mismos “argentinos de religión judía”. Los progresistas intentan recrearse como fervorosos argentinos con un legado cultural propio, de manera similar a las colectividades italiana o española. La tapa de uno de los anuarios de la escuela Peretz ostenta a Sarmiento y a Peretz juntos, igualados.

Existe, de hecho, un equivalente al panteón de próceres en la dimensión cultural, representado en el mural que adorna la entrada a la sala principal del teatro IFT. Allí se encuentra, a la izquierda, un racconto de la cultura nacional, Martín Fierro y Don Segundo Sombra incluidos. Del lado derecho, la tradición judía: una “familia

²² *Boletín IX Aniversario del Hogar Cultural y Escuela Laica Israelita “I. L. Peretz”,* Villa Lynch, 1949, p. 2.

²³ “El mes de Julio y San Martín”, *Boletín X aniversario del Hogar Cultural y Escuela Judía Laica I. L. Peretz,* Villa Lynch, 1950, s/n.

tradicional”, con padre, madre y “joven iconoclasta”, personajes de los relatos de escritores judíos laicos y populares, como Sholem Aleijem, I. L. Peretz y Mendele Moische Sforim. En el medio se encuentran los escritores argentinos con los judíos, y en el centro exacto está Alberto Gerchunoff, autor de “Los gauchos judíos”, que simboliza la fusión de ambas identidades. Este reacomodamiento identitario les daría a los progresistas una base estable para atacar la postura del sionismo, como se verá más adelante.

En las escuelas del ICUF se enseñaba idish (idioma y literatura), música (canciones populares en idish y canciones nuevas, del sector progresista), e historia judía, con énfasis en las figuras y hechos que los icufistas reivindicaban. Había una materia obligatoria, “Temas patrios”, que debía dar un maestro diplomado, por orden de la CNE, y dos materias “secretas”.

La forma de enseñar idish era particular. Al igual que el Bund, los progresistas, hasta la entrada al Vaad Hajinuj, enseñaban idish de forma fonética, es decir, sin respetar los hebraísmos. Aun cuando éstos se adoptaron por obligación, la lectura fonética se continuó usando entre paréntesis. Utilizaron trucos similares con las demás concesiones. Suspendieron las clases los sábados, pero las reemplazaron con un “kinder club”. Comenzaron a respetar y explicar los feriados, pero según hipótesis no religiosas, que hacían hincapié en el “contenido social” de las Escrituras. En este sentido, Tzalel Blitz, uno de los principales intelectuales progresistas, escribió:

“La religión judía adjudicó todos los actos al Dios *nacional* y despojó a las masas judías de sus fiestas populares. Durante la Edad Media, convirtió la vida judía en clerical. Pero no se debe aceptar tal despojo. Así como se cede la historia judía a los judíos reaccionarios, así tampoco hay que cederles las fiestas judías. Nosotros nos referimos a ellas desde una posición crítica, y tratamos de descubrir en estas festividades la infiltración religiosa. [...] Reencontramos en estas fiestas la alegría de la naturaleza, los componentes de la justicia social y los ideales de la liberación nacional y descubrimos la armonía natural entre la tradición progresista que reside en ellas y nuestro avance en el presente. [...] Nosotros somos los herederos y

los continuadores de todo lo sublime, lo popular y lo progresista en la historia judía y en las fiestas judías, y es nuestro deber transmitir esta herencia a la joven generación que estudia en nuestras escuelas”²⁴.

Mediante esta relectura de las fiestas religiosas como fiestas “naturales”, o de “justicia social”, los progresistas buscaron instituirse como la recuperación de un hipotético judaísmo originario, escondido luego por los “judíos reaccionarios”.

¿Cómo compatibilizar esta postura judeo-argentina con la adscripción al comunismo? En verdad, ambos componentes de la identidad progresista convivían en un equilibrio precario. La identidad judía y argentina era un compromiso “transitorio”, una concesión a una realidad en la cual la revolución socialista estaba lejos de ser inminente. Pero en el largo plazo, el comunismo seguía siendo la solución definitiva a la cuestión judía y a los problemas de la humanidad. *Mientras* no llegara, el ser judío y el ser argentino mantendrían su validez.

De hecho, la importancia del socialismo y la Unión Soviética seguían siendo resaltadas. En uno de los anuarios puede leerse:

“El Hogar Cultural I. L. Peretz nuclea a todo el yishuv judío de Villa Lynch. Con la responsabilidad de hombres de pueblo judíos comprendimos que la actividad cultural significa, antes que nada, educar y preparar masas judías cultural y nacionalmente conscientes como condición previa para su participación en la lucha general de la humanidad por un mundo mejor.

”[...] debemos exponer con absoluta claridad todas las verdades históricas registradas en la vida de nuestro pueblo, prestando particular atención al último siglo de historia judía en vinculación con la lucha de liberación librada por todos los pueblos de la tierra, y con la participación de las masas populares judías en esa lucha nacional y social.

²⁴ Tzalel Blitz, “Tradizionale iomtoivim un di idish-veltleje shul”, en el boletín del Centro Cultural y Escuela Israelita “I. L. Peretz”, Villa Lynch, sep. 1954, pp. 59-75. Las cursivas son mías.

”No debemos negar y ni siquiera pretender disminuir la significación de la influencia ejercida sobre las masas judías primero por la lucha de liberación librada durante la revolución francesa, que derribó los murallones medievales de los ghettos, y más tarde, la participación de las masas judías en la lucha de los pueblos oprimidos en la Rusia zarista hasta el logro de la liberación total, en lo social y nacional.

”[...] La escuela judía laica tiene como tarea fundamental la de educar a las masas judías en este espíritu, en la concepción de que todos los pueblos sólo podrán gozar de una vida nacional libre e independiente en un mundo liberado y democrático. Por ello es necesario que la solución de los problemas de nuestro pueblo también se oriente y se apoye en los pueblos que han inscripto en sus banderas esta consigna: asegurar una vida libre para todos los pueblos de la tierra”²⁵.

La postura soviética no acababa aquí. Las dos materias “secretas” eran dadas por militantes de confianza del ICUF. Tanto maestros como alumnos tenían prohibido escribirlas, tanto en los cuadernos como en la pizarra. Años de persecución policíaca habían hecho mella, y la lección había sido aprendida. Esas materias eran “esclarecimiento ideológico”, es decir, doctrina comunista, e “historia”, desde la perspectiva materialista dialéctica²⁶.

A esto debe sumarse una mirada en extremo idealizada de las condiciones de vida de los judíos en el campo socialista. Basta como ejemplo la descripción de una hipotética –aunque pretendidamente real- escuela judía en una “república democrática”:

“La escuela que lleva el nombre de un clásico judío funciona en un hermoso edificio palaciego de tres pisos en el centro de la ciudad. Una baja palizada de ladrillos construida al estilo señorial rodea el extenso patio escolar. [...] La entrada a la escuela: soberbia, imponente.

²⁵ Wolf Raizman, “Diez años de vida del Hogar Cultural ‘I. L. Peretz’”, en *Anuario del Hogar Cultural y Escuela Judía Laica ‘I. L. Peretz’*, Villa Lynch, 1950, pp. 3-5.

²⁶ Entrevista a Gregorio Lerner, archivo de testimonios orales del Centro Mark Turkow, AMIA..

”En el piso superior: una sala de concierto con un escenario bellamente decorado; la consigna más reciente que se lee en las paredes tiene relación con el 8 de marzo, el día internacional de la mujer... En el mismo piso funcionan los talleres escolares: para mecánicos, carpinteros, sastres. En el segundo y primer piso: corredores amplios y luminosos, doce aulas confortables [...].

”Sobre las paredes de las aulas: retratos de los dirigentes del gobierno y del Partido, fotografías de héroes del trabajo, el último diario escolar. [...] En la planta baja funciona, entre otros, un club de scouts, un comedor para huérfanos y para alumnos de padres enfermos con muchos hijos. Y después: flores..., flores..., flores por doquier [...]”²⁷.

En cuanto a Israel, la postura de los progresistas muta con el tiempo. En un principio, la reacción de los icufistas ante la aparición de un Estado judío es optimista: de hecho, participan -junto al resto de la colectividad en la campaña unida para ayudar al joven país en su guerra de independencia; se separan a poco de empezar, no obstante, entre acusaciones cruzadas de malversación de fondos con los sionistas. La postura del ICUF se vio reforzada por las acciones del bloque soviético, que fue quien proveyó las armas que usaron los israelíes en el conflicto. El enamoramiento duró poco. La URSS no tardó en abrazar la causa árabe y abandonar el apoyo a Israel. Pero los progresistas nunca fueron tan lejos. Se limitaron a reconocer al joven Estado como a “una comunidad judía más”, negándole así el status que le conferían los sionistas de “centro espiritual”. De hecho, su identidad judeo-argentina les permitió posicionarse de forma crítica con respecto a este dogma sionista. Para el ICUF, considerar a Israel como una “nación espiritual” hacía el juego a los antisemitas locales, que no dudaban en acusar a los judíos argentinos de “doble lealtad”. Por esto mismo, sostenían, Israel no era más importante que la colectividad judía de Estados Unidos, Argentina o Francia. La “patria” era la Argentina.

²⁷ S. Jazan, “Una escuela judía...”, pp. 5-6. El testimonio continúa con la supervisión y los comentarios amistosos del representante del ministerio de Educación, “nuestro compañero, un miembro del partido *unificado*”.

Esta postura pasó a formar parte del arsenal simbólico que los progresistas oponían al de sus contrincantes sionistas. Ante la bandera de Israel, reivindicaban la argentina. Ante el Hatikva, el himno israelí, entonaban como “contra-himno” al Partisaner Lid, la canción de los partisanos del gueto de Varsovia. Estos símbolos opuestos contaban también con fechas en el calendario: mientras los sionistas festejaban Iom Haatzmahut, el día de la independencia de Israel, el ICUF recordaba el levantamiento del gueto de Varsovia.

No le faltó a este enfrentamiento su dimensión idiomática. Los sionistas defendían el uso del hebreo y denostaban el idish, una “jerga”, según su definición, típica de los judíos europeos que habían marchado impasibles a su muerte. El ICUF, así como el Bund y, hasta los 50s, Poalei Tzion, abrazó el idish como “idioma de las masas populares judías”, vehículo de la cultura laica creada en Europa y continuada en Argentina. El rechazo del hebreo por parte de los comunistas y el progresivo abandono del idish en las escuelas sionistas no era más que otra dimensión de su pugna por ganar el control de las instituciones comunitarias.

Conclusión

Esta ponencia se propuso estudiar dos momentos históricos del colectivo comunista judío, y comparar en ambas los contenidos simbólicos de su identidad. Esta es afectada por una cantidad de factores, tanto internos a la organización comunista como específicos del entorno judío, sin excluir grandes cambios internacionales como la Segunda Guerra Mundial y los cambios políticos y sociales que atravesaron la Argentina. Tomando dos “radiografías” tanto de su discurso como de la temática que se enseñaba en sus escuelas, pueden identificarse dos concepciones radicalmente distintas de los valores y la visión de este grupo.

En 1920, su identidad tiene un claro carácter clasista e internacionalista, y concibe al idish como una mera herramienta. Dos décadas más tarde, asume una nueva forma, que abraza la tradición judía laica y la plena participación en la realidad argentina. Las únicas constantes, que permiten decir que se trata de hecho del mismo sector, es la fidelidad indiscutible hacia la URSS y la III Internacional, la

ligazón con el Partido Comunista y el hecho de que se trata del mismo grupo humano y de sus descendientes.

En este sentido, peca de reduccionismo afirmar que esta transformación identitaria fue un mero reflejo de las “directivas pendurales” de Moscú (aunque es claro que el Comintern incidió con fuerza en ellos), movimientos ciegos que atentaban contra un objetivo coherente de largo plazo²⁸. Más bien, el cambio refleja la adaptación de los comunistas judíos a una realidad histórica –nacional e internacional- que, en 20 años, se transformó de forma abrupta. La alteración de su identidad, de hecho, demostró ser efectiva. Prueba de ello es el éxito de su red educativa y el hecho de que, a tres años de la creación del Estado de Israel, lograron ser la primera minoría en la AMIA.

²⁸ Silvia Shenkolewsky-Kroll, “El Partido Comunista en la Argentina ante Moscú: deberes y realidades, 1930-1941”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 10, 2, Tel Aviv University, julio-diciembre 1999.